PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

FACULTAD DE SALUD Y BIENESTAR

MAESTRÍA EN PSICOLOGÍA CON MENCIÓN EN PSICOPATOLOGÍA Y PSICOANÁLISIS

ENTRE LA FICCIÓN Y EL FANTASMA: UNA VÍA PARA COMPRENDER EL DESEO INCONSCIENTE

CAPÍTULO DE LIBRO

WILSON ALEXANDER SALAS HARO

FELIPE BASTIDAS LÓPEZ

QUITO, 2025

1. RESUMEN

El propósito del presente escrito es desarrollar la hipótesis de que la realidad, en tanto construcción ficcional y fantasmática, una vez desentrañada, facilita la producción del deseo inconsciente. Para ello, fue necesario otorgar consistencia teórica a una serie de conceptos, principalmente desde la perspectiva de René Lew.

La propuesta consistió en armar un marco teórico en torno a la representancia, la significancia y la hipótesis como materialidad coherente con la lógica del inconsciente, entre otros, los cuales fueron anudados con conceptos más clásicos, como los desarrollados por Freud respecto a la pulsión, o por Lacan en relación con la alienación y la separación.

De este modo, se llegó a comprender que el fantasma se constituye como un velo, compuesto por montajes pulsionales que dan cuenta de la puesta en escena de la pulsión, de la representancia, de la intervención del Otro, y del efecto que las relaciones de estos conceptos, entre otros, pueden producir. La hipótesis planteada permite que el empuje constante de la pulsión devenga en producción, a condición de que dicha producción sostenga una pregunta siempre abierta; a condición de que opere bajo la lógica fantasmática del ni-ni; a condición, finalmente, de que la realidad sea comprendida como lo que es: una ficción.

-**Palabras Clave:** verdad, realidad, lenguaje, sujeto, ficción, significante, deseo, representancia, fantasma.

1.1. RESUMO

O propósito deste escrito é desenvolver a hipótese de que a realidade, enquanto construção ficcional e fantasmática, uma vez desvelada, facilita a produção do desejo inconsciente. Para isso, foi necessário conferir consistência teórica a uma série de conceitos, principalmente a partir da perspectiva de René Lew.

A proposta consistiu em construir um referencial teórico em torno da representância, da significância e da hipótese como materialidade coerente com a lógica do inconsciente, entre outros, os quais foram articulados com conceitos mais clássicos, como os desenvolvidos por Freud acerca da pulsão, ou por Lacan em relação à alienação e à separação.

Dessa forma, chegou-se à compreensão de que o fantasma se constitui como um véu, composto por montagens pulsionais que evidenciam a encenação da pulsão, da representância, da intervenção do Outro e dos efeitos que as relações entre esses conceitos, entre outros, podem produzir. A hipótese proposta permite que o empuxo constante da pulsão se converta em produção, sob a condição de que tal produção sustente uma pergunta sempre em aberto; sob a condição de que opere segundo a lógica fantasmática do nem-nem; e, por fim, sob a condição de que a realidade seja compreendida como aquilo que é: uma ficção.

Palavras-chave: verdade, realidade, linguagem, sujeito, ficção, significante, desejo, representância, fantasma.

2. INTRODUCCIÓN

Una de las preguntas que organiza a la teoría psicoanalítica —tanto en su producción conceptual como en su práctica clínica— gira en torno al deseo inconsciente, ya que este constituye un punto esencial en la dirección de la cura. Por ello, una de las razones para adentrarse en esta cuestión es la de reposicionarse en el lugar que se ocupa en la práctica misma.

A lo largo del presente escrito, se construye un marco teórico que permite pensar que el deseo, producto de una división, se convierte en aquello que, gracias a la puesta en operación de la representancia, otorga la posibilidad de reescribir la realidad. Esto es así en la medida en que dicha realidad hace valer su cualidad ficcional, ya que esta la vuelve maleable ante la presencia del deseo; deseo que pausa, puntúa o prolonga el sentido que se venía produciendo. Sin embargo, para que el deseo adquiera esta cualidad escritural o se vuelva productor de la ficción, deben cumplirse ciertas condiciones, ya que no se accede a él sino a través de la pulsión. Es esta la que esclarece aquello que permanecía implícito en el discurso del ser hablante, por lo que será necesario volverse sensible ante la inminencia de la pulsión.

En este sentido, la pulsión cobra un papel indispensable dentro de esta teorización, pues es ella la testigo de que el discurso y la palabra —como producciones articuladas gracias a la representancia— portan en su interior la estructura fantasmática y ficcional del ser hablante. Y es allí, en la palabra entendida como discurso, donde se aloja también su verdad particular. Es decir, uno de los caminos que debe emprenderse en una práctica psicoanalítica orientada por la cura, será el de conducir la palabra hacia

la producción y constitución del deseo, mismo que permitirá que la realidad continúe reinscribiéndose constantemente.

Capítulo 1: La ficción, una puerta de entrada a la compresión del fantasma

> La verdad sólo puede ser dicha a medias, pues entre lo que se dice y la verdad siempre hay un agujero que es – ese sí- verdadero. (…) Los agujeros, como tales, son insabibles. ¡Benditos sean sus bordes!
>
> (Braunstein, 2001, p. 22)

Aquello que se concibe como realidad no es más que un tejido de ficciones, un tejido constituido por la operación de la palabra en quién la porta. Así, *s*erá la palabra el hilo que entrelazará y dará forma, sentido, orientación. Y si es gracias a la palabra que la realidad se construye, ¿qué podrá provocar su puesta en funcionamiento? ¿Podrá, acaso, alterar dicho entramado? ¿Será la palabra el recurso de los seres hablantes para hacerle frente al agujero del que hablaba Braunstein?

Este primer capítulo centrará sus esfuerzos en entender cuál es la implicancia de que los seres humanos estemos atravesados por el lenguaje y, como consecuencia de ello, seamos portadores de la palabra; es decir, que seamos seres hablantes. Ahora bien, ¿en qué momento ingresamos en el campo de la palabra? Y, a su vez, esta pregunta nos invita a pensar, ¿cómo el hecho de que seamos portadores del lenguaje nos diferencia del resto de los animales? ¿Se tratará acaso de la pérdida de lo natural, del instinto, de las necesidades, de ese conocimiento que se creía advenido por naturaleza?

Lacan (1966 / 2009) en *La Significación del Falo*, nos dará luces; partamos del hecho de que el bebé, si bien, viene pre-dicho por un simbólico que lo antecede (en tanto haya sido esperado, o no), no será sino gracias al Otro que sus gritos, o llantos podrán adquirir significado, ¿qué ocurre entonces con las necesidades que deben ser satisfechas en el organismo del bebé? Esta será la vía de entrada del lenguaje, formulada por Lacan de la siguiente manera:

> […] las necesidades del hombre, por el hecho de que habla, en el sentido de que en la medida en que sus necesidades están sujetas a la demanda, retornan a él alienadas. Esto no es el efecto de su dependencia real […] sino de la conformación significante como tal, y del hecho de que su mensaje es emitido desde el lugar del Otro. (p. 657)

Las necesidades orgánicas del bebé, en medio de su indefensión, no significan nada por sí solas, sus lamentos son, en un inicio, sonidos vacíos, huecos. Será únicamente en la relación con el Otro —y gracias a las asunciones que este ser hablante hará— que no solamente el organismo, sino también el cuerpo (en tanto apalabrado) podrán sostenerse.

Para ello, la condición primordial será que el Otro suponga en el bebé una subjetividad, y no meramente un organismo. Sin embargo, esto no es suficiente, será a su vez necesario, que el bebé acepte, que consienta emplear esa significación que le otorga el Otro; que decida, de algún modo, ser representado por la palabra. De esta manera, una parte de sí quedará, para siempre, perdida en los significantes provenientes del Otro.

Lo que acabamos de mencionar es abordado por Lacan (1964) en su *Seminario: Los Cuatro Conceptos Fundamentales*, donde introduce los conceptos de alienación y separación para dar forma y espesor teórico a la relación del bebé con el Otro.

Si partimos por el concepto de alienación, Lacan usa la palabra *vel* —en específico, el *vel* de la alienación —, que podría ser descrito como un "velo", aquel que recubre con la palabra y el lenguaje al bebé. Sin embargo, este *vel* se define a partir de una elección estructural, que Lacan la propone en los siguientes términos: elegir entre el ser, pero un ser sin sentido, ya que no hay una estructura significante que lo sostenga; o bien, elegir el sentido, lo cual implica necesariamente la afánisis (el desvanecimiento), el fading, que es propio de la estructura del lenguaje y del significante.

Lacan (1964), lo dice en sus propias palabras: "Si escogemos el ser, el sujeto desaparece, se nos escapa, cae en el sin sentido; si escogemos el sentido, este sólo subsiste cercenado de esa porción de sin sentido que constituye el inconsciente" (p. 219).

Este es el efecto que se obtiene al elegir ser representados por el significante, permite la posibilidad de volvernos seres hablantes, habilita una relación con el lenguaje, sin embargo, a su vez, impide tener una relación directa con él, y será esta misma relación indirecta la que añadirá la soltura suficiente para que esta estructura lenguajera adquirida, se ponga en movimiento.

Muñoz (2011) a quien parafraseo diciendo lo siguiente propone, entender a la alienación como el momento en el cual el sujeto, en tanto que este es un producto, se constituye gracias a la articulación de los significantes del Otro, pero, al mismo tiempo,

no es ninguno de ellos, esta imposibilidad del significante para recubrir por completo al sujeto será, el punto de partida de lo que se denominará separación.

Expandamos el marco teórico para comprender con mayor profundidad el funcionamiento del significante y, de este modo, precisar algunos aspectos sobre el sujeto. Tomemos como puerta de entrada una clásica definición que Lacan (1964) formula en numerosas ocasiones: *"*el significante es lo que representa a un sujeto para otro significante*"* (p. 215).

Entonces, la célula mínima de la articulación significante estaría compuesta por un primer significante seguido por un segundo significante, que cobran sentido gracias a un vector que otorga direccionalidad: $S_1 \rightarrow S_2$.

Ahora bien, un punto central de la teorización de Lacan — y que propongo abordarlo a manera de pregunta — es el siguiente: ¿De qué manera el significante adquiere la cualidad, para poder representar? ¿Cómo es que dichos sonidos, gestos, lamentos que en un principio parecían vacíos llegan a tener la posibilidad de representar una significación?

Freud (1915), en su texto *La represión,* sugiere que ello es posible gracias a la agencia representante psíquica de la pulsión: la *Vorstellung-Repräsentanz*. Una forma de entender esta agencia sería pensar que, gracias a ella, la pulsión puede adquirir una expresión psíquica. Es decir, *Vorstellung-Repräsentanz* sería la portavoz de la pulsión.

La pulsión le da consistencia al aparto psíquico para que este pueda alcanzar, en alguna medida, eso que Freud llamaba, satisfacción. Pero, si lo decimos en términos más lacanianos, la pulsión será el recurso con el cual el ser hablante intentará tramitar el atravesamiento del organismo por el lenguaje. ¿Cómo? Pues la pulsión será la brújula

de que existe un decir, —y que puede ser dicho gracias a esa agencia representante— ya no en el organismo, sino en el cuerpo.

Así lo dirá Lacan (1975-1976) en su *Seminario: El Sinthome*:

> Es preciso que haya algo en el significante que resuene. Uno se sorprende de que eso no se les haya aparecido para nada a los filósofos ingleses. […] Ellos se imaginan que hay pulsiones, y aun cuando tienen a bien no traducir pulsión por instinto, pues no saben que las pulsiones son el eco en el cuerpo del hecho que hay un decir, pero que este decir, para que resuene, […], es preciso que el cuerpo sea allí sensible. Que lo es, es un hecho. (p. 17)

Será así como la pulsión, gracias a la *Vorstellung-Repräsentanz*, encuentra una dimensión significante. Significantes que, en su articulación, producen sentido y significación. Como podemos ver, significante, *Vorstellung-Repräsentanz* y pulsión no son lo mismo, pero al mismo tiempo lo son, se trata de un proceso de transformación, es necesario entender a estas instancias como un mismo elemento que cobra una diferenciación según el registro en el cual se encuentre expresado.

Comenzando por la pulsión como el punto más cercano —o litoral — al agujero (ya mencionado anteriormente), ese agujero de lo real, real en tanto que es inasible; la pulsión sería lo más próximo al campo de lo real. Incluso podríamos plantear un par de preguntas ¿será del agujero de lo real de donde adquiere su fuerza o empuje? ¿O será, más bien, el empuje de la pulsión el que contornee y cause, gracias a la palabra, dicho agujero?

Permitamos que Lacan (1968-1969) nos oriente, gracias a lo mencionado en su *Seminario: De un Otro al otro*:

> Articulé que en la pulsión interviene lo que se llama en topología una estructura de borde. Esta es la única manera de explicar algunos rasgos de la pulsión. Groseramente, lo que funciona como pulsión se caracteriza siempre por orificios en los que se vuelve a encontrar la estructura de borde. Solo esta estructura de borde tomada en sentido matemático nos permite esbozar una comprensión de lo que Freud articula en el nivel del Drang, del empuje, a saber, que el flujo condicionado por este borde es constante. Incluí en mis Escritos una nota al respecto, que además mejoré en la última edición, donde me refiero a lo que en la teoría vectorial se define como flujo rotacional. Para decirlo todo, la pulsión designa ella sola la conjunción de la lógica y de la corporeidad. (p. 210)

Es interesantísimo notar como la pulsión —que, por un lado, efectivamente hace de puente entre lo que queda de organismo y el cuerpo — y su empuje, son producto de un encuentro fallido, en incesante repetición, con la satisfacción de la que nos hablaba Freud. O, dicho de otra manera, la pulsión sería el producto de esa pérdida que ocurre al volvernos seres hablantes, en ese proceso de alienación-separación; pérdida estructurante, debido a la propia estructura del significante y su lógica articulatoria que nunca está completa, puesto que la representancia (que abordaremos a continuación) nos demuestra que siempre existe una continuidad.

Será dicha continuidad, causada por esa falla/pérdida, la que dará el empuje y movimiento a la pulsión, y a su vez, dándole la capacidad de contornear y dar forma al agujero, o dicho de otra manera, de moldear al vacío, convirtiéndolo en agujero. Pues bien, como dice Lacan en el párrafo citado, el flujo y la constancia rotacional arman el agujero en el recorrido: no hay agujero previo, sin pérdida estructurante y sin recorrido.

Podríamos decir incluso que no existe pulsión sin pérdida, y que no existe, —en un movimiento retroactivo —, agujero de lo real sin pulsión.

Por otro lado, la pulsión requiere ser representada; necesita de la intervención de la *Vorstellung-Repräsentanz*, que opera no como representante, sino —cómo dirá Rene Lew—, cómo una función, función a la que llama representancia y que se hace presente en la continuidad de la reinscripción y articulación de los términos heterogéneos, que no son sino los significantes (Lew R. , 1996).

La representancia será la función misma, que solo puede ser vista cuando está operando, y que no se encuentra en ningún significante en específico, sino en su continuidad articulatoria. La representancia, será la flecha, el vector que proporciona direccionalidad, la representancia será la constante e inagotable representación de la pulsión.

La representancia se encuentra en el registro de lo simbólico, en tanto que esta, no es una representación —más del orden imaginario—, sino una función que pone a operar un agujero, constituido, en parte, por la pulsión. Se trata de un agujero al cual se intenta aprehender fallidamente, dicho de otra manera, se pretende recuperar el ser que se perdió con la adquisición del sentido, volver al momento de la alienación sin pasar por la separación. Esta falla es precisamente la que permitirá la posibilidad de repetir, de insistir en capturarlo por medio de los significantes, mismo que por su particularidad vuelven a esta misión, un imposible. No es una ausencia de identidad, sino más bien su constante operación, lo que ubica a la representancia en el orden simbólico.

Finalmente, el significante es el producto de esta serie de transformaciones, que busca decir algo de ese agujero, pero que, sin embargo, no alcanza a decir nada: más bien,

lo hipotetiza. En tanto ese agujero es inaprensible, lo único que queda —según Lew— es falsidicarlo, falsearlo, realizar una falsación de aquello en lo que podría llegar a consistir dicho agujero.

Lew (2003) dirá lo siguiente sobre este agujero que, gracias a la producción de la palabra, vamos bordeando:

> Voy a hablar de estos elementos que llamo falsidicaciones […] Es para decir que hay una necesidad de falsidicar para poder aprehender, bajo la forma de modelos materiales, un objeto que por naturaleza es inaprehensible. […] Para mí se trata de dar cuenta del vacío en cuanto es inaccesible […] La función del vacío que vale, es la relación de intercambio, es la función de intercambio. Es decir, aquello que conduce a hablar […] La falsidicación es la necesidad de pasar por la formalización. (p. 2)

Si solo se puede hipotetizar o falsear dicho agujero, es necesario pensar qué repercusiones tendrá este planteamiento sobre la construcción de la realidad particular. ¿Será que se puede decir algo falso o verdadero de ella? ¿O será, más bien, que para construir una realidad será necesario ficcionarla?

Este es el punto de partida para la teorización del fantasma: comprender que, así como la verdad, la realidad tiene estructura de ficción. Ficcionar, en tanto movimiento simbólico, es construir o producir en torno a un agujero; ficcionar es, al igual que la representancia, valerse de la pulsión para, en la medida de lo posible, producir —y constantemente actualizar— esas producciones, todo gracias a la puesta en operación de la palabra, que no es sino la serie de transformaciones y concretizaciones que se han

mencionado hasta el momento y que como veremos más adelante, explicitan la relación que guarda el $ con el *objeto a*.

La palabra no es sino la constante articulación sintáctica y, por ende, semántica; o, dicho de otro modo, la palabra es la puesta en movimiento de la cadena significante gracias a la representancia.

Si entendemos, que no se trata de que la ficción y los falseamientos que la palabra permite producir devengan en certezas o aforismos categóricos —los cuales se sitúan bajo el manto identitario de lo verdadero y lo falso— por su misma naturaleza, comprendemos también que, como decía Braunstein, el agujero, ese sí, es verdadero, pero lo es justamente porque escapa a la identidad. La verdad será la representancia, la pulsión; la verdad será lo inatrapable de la función, la función operando.

Como afirma Eidelsztein (2022): "Así podemos decir que no es el significante el que mata la cosa, sino la articulación entre significantes lo que introduce la falta en ser en la relación con el objeto" (p. 89).

Será así, como gracias al recorrido propuesto hasta el momento, podemos comenzar a plantearnos la noción de fantasma, que bien podría ser, en términos lógicos, una forma de vérnoslas con el agujero, o siendo más precisos, una vía para formalizar, moldear, a través de la palabra, al vacío. Y si fuese este el caso, ¿Qué busca transmitir el matema ($<>a)? ¿Cuál será la relación del agujero con el $, con el <> y con el *objeto a*?

Capítulo 2: El fantasma, una construcción pulsional

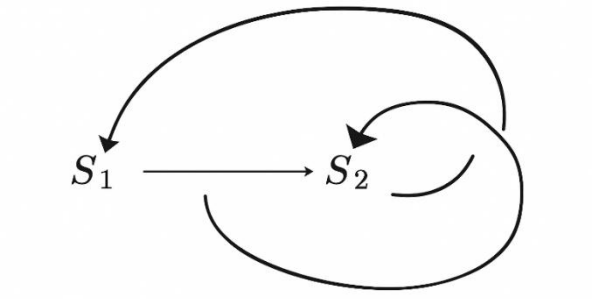
$

Comencemos por el **$**, que en el matema del fantasma representa al sujeto dividido. Lew (1996) lo describe como una metáfora de la representancia; es decir, su presencia da cuenta de la vigencia del vínculo significante. Dicho de otro modo, el sujeto es efecto de la dialéctica entre significantes, lo que evidencia la relación heterogénea, continua y constante que la constituye y, además, establece un puente que sobrevuela el agujero situado entre el S_1 y el S_2**,** es decir, el vector del cual hablábamos previamente.

Sin embargo, si el sujeto es metáfora de la representancia, no es solo un efecto, también es estructura. Esto se debe a que actúa como análogo de la flecha de reenvío, el vector que se encuentra entre significantes, mismo que también puede ser retroactivo, o "reversivo", como lo señala Lew. Estas expresiones no son sino otra forma de hablar del *nachträglich* de Freud o del *après-coup* de Lacan. ¿Cómo sería, entonces, el recorrido ampliado de esta dialéctica significante bajo la cualidad reversiva del sujeto? Una manera de plantearlo es por medio de una figura moebiana:

Figura 1

Recorrido Ampliado de la Dialéctica Significante



La significación que ocurre como efecto de la dialéctica significante es un punto de corte, un relanzamiento en la semántica, mismo que es efecto de la significancia que es constante y multidireccional. Adaptada del *Seminario de la Lógica del Fantasma,* Escuela Freudiana del Ecuador [Imagen] Lew R. , (1996).

Desde esta perspectiva, el sujeto puede tener una expresión local, como efecto de la vigencia de la relación significante en un punto determinado de su recorrido, o, dicho de otro modo, el sujeto sería efecto de su propio recorrido, causando la renovación de la semántica en juego; es decir, al mismo tiempo, también es una estructura, en tanto que esta, da consistencia a la representancia haciendo valer su fluidez, la cual refresca y renueva a la cadena significante. En cierto modo, el sujeto, concebido como estructura o como recorrido, no es más que la cadena significante puesta en movimiento. El sujeto sería el momento en donde la palabra se relanza gracias al empuje de la pulsión, y el recurso del que dispone es la representancia, misma que como efecto de su operación termina añadiendo representantes/significantes a la cadena, sin que, necesariamente, este sea su objetivo principal. Es esta serie de momentos/instantes los que constituyen al sujeto como expresión local y como estructura.

Sin embargo, profundicemos en el sujeto como expresión local, en donde aparece como representación —un significante es lo que representa a un sujeto para otro significante—, y mantiene un pie dentro del registro imaginario. No obstante, su operación no se reduce a él, pues se convierte en un testigo y declarante de la representancia, por ejemplo, en el acto de hablar, en la enunciación emerge algo nuevo, un decir excedente que impone al sujeto como sorpresa en el curso de un discurso. Es ahí donde el sujeto se produce, como efecto de la palabra, metaforizando la *Vorstellung-Repräsentanz*.

El sujeto introduce discontinuidad, en un sentido previo para relanzar uno nuevo. El sujeto divide, porque él mismo es división, es la expresión de un agujero que puntúa,

pausa, genera nuevos sentidos. Todas estas operaciones hacen valer su relación con el agujero. Sin agujero no hay lazo, porque no hay heterogeneidad. El agujero hace posible la diferencia, y con ella, la significación, que, al renovarse constantemente, deviene en significancia.

Entonces, ¿cómo entender que el sujeto, aunque representado por un significante, exhibe ese agujero que lo constituye? Esta pregunta es fundamental, ya que no se trata de reducir al sujeto a su dimensión imaginaria, sino de pensar que su aparición transforma esa dimensión que lo precedía.

El sujeto, como efecto del reenvío significante, altera y resignifica parte de la ficción de la realidad. En otras palabras, el sujeto no solo transforma el registro imaginario, al ser testigo de la representancia, sino que otorga a la realidad el estatuto de ficción. Porque cada vez que este se efectúa en la palabra, algo nuevo se reinscribe. La reversividad de su estructura entra en operación, construyendo nuevos recorridos, movilizando la significancia. Algo que antes no estaba allí aparece, y con ello se modifica la escena, el sentido y la propia realidad. Esto ocurre cada vez que el sujeto aparece, bajo su expresión local, como efecto de la palabra.

Braunstein (2001) en su texto *El Ficcionario de Psicoanálisis* lo expresará de este modo “La verdad tiene estructura de ficción. ¡Qué gracioso! Decir que la verdad nos llega como ficción es mostrar, por vía de la paradoja, lo único verdadero que cabe decir sobre la verdad” (p. 21).

Una vez más, se trata de la realidad entendida como ficción, y que, al tomar conciencia de su condición ficcional mediante la aparición del sujeto, se vuelve alterable, maleable. Cada vez que el sujeto agujerea, heterogeneiza los significantes, y con ello, su

significación, produce una alteración en la escena fantasmática, que no es más que un rango de visión, el cuál puede ampliarse gracias a la intervención del sujeto.

a

Refresquemos nociones fundamentales del primer capítulo, donde llegamos a la conclusión de que la pulsión podía entenderse como lo más próximo al real del organismo, y que tanto la pulsión como la representancia guardan relación con la fuerza surgida de este registro.

Freud (1905), en su texto *Tres Ensayos sobre Teoría Sexual* lo expresó en los siguientes términos "Por «pulsión» podemos entender al comienzo nada más que la agencia representante (*Repräsentanz*) psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir; ello a diferencia del «estímulo», que es producido por excitaciones singulares provenientes de fuera" (p. 153).

Si bien Freud plantea como análogos a la pulsión y a su agencia representante es necesario entender que esta última otorga los recursos a la pulsión, para en parte, construir su meta, o diversificarse, como es el caso de las pulsiones parciales, que buscan la satisfacción de las distintas zonas erógenas del cuerpo. Así lo señala Freud (1905) "Lo que distingue a las pulsiones unas de otras y las dota de propiedades específicas es su relación con sus fuentes somáticas y con sus metas" (p. 153).

La representancia, entonces, podría entenderse como el recurso de la pulsión que permite construir montajes pulsionales, que no serían sino escenas en donde distintas formas de satisfacción se concretizan, esto a su vez, es una forma de hablar de las pulsiones parciales, las cuales permiten el pasaje del organismo al cuerpo mediado por lo simbólico de la representancia.

En este punto, cabe preguntarse ¿cómo, en este entramado lógico se incluye el *objeto a*? La clave radica en transformar a la función en objeto, y esto se obtiene cuando hacemos actuar a la función sobre ella misma. Lew (1996), implicitamente, lo formula del siguiente modo "El objeto es la significación, Bedeutung, de la función; dicho de otra manera, es el referente de la función" (p. 20).

¿Por qué implícitamente? Porque la función, y hablamos de la función de la representancia, por sí sola ya es un referente del empuje constante de la pulsión. No se trata de un referente anterior a la función, sino que la función llama a la construcción de ese referente, el cual produce un efecto de significado de la función. Si el sujeto, implica el relanzamiento de la cadena significante, el *objeto a* es el recorrido de los valores producto de la representancia, que darían cuenta de transformación de la semántica en juego. Así, podríamos hacer equivaler al S_1 con el sujeto y al S_2 con el *objeto a*, dicho de otra manera, el *objeto a*, es el recorrido que se necesitó para que la representancia produjera como efecto al sujeto, en su expresión local, en ese sentido, el objeto es el referente de la función, en tanto apunta al recorrido mismo de la representancia, que, como efecto, pero no como objetivo principal, produce al sujeto, que no es sino el reinicio del recorrido, y así consecutivamente.

A su vez, el *objeto a* adopta distintas formas, conocidas como: las heces, la voz, el seno, la mirada, el objeto fálico. Todos estos objetos provienen de orificios orgánicos, que, a su vez, son constituidos como agujeros, aperturas en el cuerpo que permiten al *objeto a* expresarse a través de ellas, puesto que su estructura hueca es idónea para la constitución de montajes pulsionales, Pero ¿por qué su estructura anatómica agujereada permite estas expresiones? Y más aún, si incluimos a la pulsión en esta pregunta, ¿qué relación existe entre la pulsión, el *objeto a* y sus formas de expresión?

Empecemos con la primera de estas dos preguntas, diremos que la pulsión habita el cuerpo, pero no de cualquier manera, señalábamos anteriormente, que la pulsión es limítrofe al agujero, por ello mismo establece sus bordes, desde esa misma lógica la pulsión permite que los bordes y agujeros del organismo se conviertan en zonas erógenas, en tanto que estos ofrecen la satisfacción parcial, no solo de las necesidades del organismo, sino también dichos montajes pulsionales.

Es por eso por lo que, el Otro siempre es necesario, no se puede constituir una zona erógena sin ese "toma tetita", "mira, ese eres tú", "haga popo", el cuerpo es pulsionalizado por el Otro, solo así los agujeros y la pulsión misma pueden empezar a operar, gracias a esa alienación-separación de la que hablamos anteriormente, además su operación implica que estos cobren otro estatuto, el de la división, la falla, la falta, la pérdida, que inauguran la lógica del no-todo, puerta de entrada no de la lógica del significado, sino del significante.

No todo es alcanzable, no todo es conseguible, la satisfacción absoluta no es posible, esta es siempre indirecta. No obstante, ¿qué se necesita para que el agujero cobre estatuto de falta, división, pérdida? La respuesta es la introducción del significante del Nombre-del-Padre, mismo que da paso a la metáfora paterna. En el texto *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*, Lacan (1966) hace un breve resumen de lo trabajado en su seminario de 1955-56, *La psicosis*, donde propone la siguiente fórmula:

Figura 2

La Metáfora Paterna

$$\frac{\text{Nombre del Padre}}{\text{Deseo de la Madre}} \quad \frac{\text{Deseo de la Madre}}{\text{Significado al sujeto}} \longrightarrow \text{Nombre del Padre} \left(\frac{\text{A}}{\text{Falo}} \right)$$

Será la elisión del deseo de la madre la que permitirá la separación de la cuál hablábamos en el primer capítulo, misma que engendra el paso a la significación del sujeto. El Nombre-del-Padre, con su presencia, explicita que existe falta en la madre, y es por ello por lo que, el hijo cobra temporalmente, significación de falo. Tomada del texto *Escritos 2*, Siglo XXI Editores [Imagen] Lacan, (1966).

Esta plantea, cómo el Nombre-del-Padre, en su dimensión significante, ofrece una vía de salida para no quedar capturados por el deseo de la madre, esa madre que en primer lugar permitió la constitución de un cuerpo, en donde había solo organismo. Simultáneamente, implica la destitución de esa posición de objeto de deseo materno. La intervención del significante Nombre-del-Padre le otorga consistencia al orden simbólico, impidiendo que el significante se reduzca a signo, en concreto, que el niño no quede todo significado por su madre, sino más bien introducido en la pregunta por el deseo del Otro.

Este reposicionamiento que hace el Nombre-del-Padre, implica la castración simbólica. Eidelsztein (2022) lo describe del siguiente modo:

> En la psicosis, el término sobre el que va a caer la forclusión es el de la Ley. Falta un término, pero, además, esa falta no está legalizada. La falta neurótica, en cambio, está legalizada porque opera el significante de la Ley, el Nombre-del-Padre. (p 202)

Aunque la existencia de faltas primordiales, como la estructura del lenguaje o la finitud del ser humano sean condiciones necesarias para que el agujero devenga en

división, falla, falta, etc… es solo gracias a su legalización mediante la metáfora paterna que esta fuerza, proveniente del agujero, se convierte en la representancia pulsional.

Para cerrar, citemos a Bonoris (2015) para terminar de responder a la segunda de las preguntas planteadas: "El ejercicio de la pulsión radica, entonces, en la búsqueda de la parte perdida de sí mismo en el Otro y en donde se entorna el representante de la misma, el objeto a" (p. 78).

De esta manera, el Otro, entra en la lógica del fantasma, ya que fue él, quien permitió la construcción del andamiaje pulsional, las escenificaciones de los montajes pulsionales y cómo punto conclusivo de este trabajo, la pregunta por el deseo.

Capítulo 3: El fantasma, condición lógica del deseo.

Seamos más precisos en la manera de nominar al agujero del cual hemos hablado tanto a lo largo de este trabajo. Partamos de que al agujero no se lo encuentra como un precedente, sino que este ya es una de las formas del modelado del vacío. Agujero, división, falta, falla… todas estas son formas de nominación que no son sino modos de modelar el vacío. No solo gracias a la intervención del lenguaje, sino también —y principalmente— por una materialidad particular y específica que, operando en tanto función, no obtura, ni tapona, ni cubre al vacío. Me refiero a la palabra, pero no a la palabra como unidad lingüística, sino a la palabra en tanto función: palabra como expresión de la representancia, la significancia; palabra como enunciación.

Así lo dirá Lew (2022) en su conferencia *La pulsión y las pulsiones*, de la siguiente manera:

> Si hablamos estrictamente de habla (parole), no es tangible; si hablamos de palabra [es equívoco] entonces puede ser tangible en términos de la palabra concreta [como unidad lingüística en una frase]. La parole no se oye. Esto no sólo sucede en francés sino en todas las lenguas. La palabra no se puede aprehender, solamente se la puede aprehender cuando es transformada vocalmente. (p. 5)

Llegados a este punto, la parole [1] nos resulta necesaria, puesto que su función escapa a la concretización o, como dice Lew, no puede ser aprehendida. La parole es el efecto, no del lenguaje sobre el ser humano, sino del significante, el cual cobra protagonismo por sobre el significado.

Entonces, para que la lógica significante habilite a la palabra, es a condición de que un significante falte en la cadena. Y no es cualquier significante, sino, el significante de la falta en el Otro, y esto no implica que un significante represente la falta en el Otro, sino que existe un significante que falta en el discurso del Otro, resultado que se consigue en parte, por la operación de la función paterna.

Es la intervención de la función paterna la que habilita el acceso a la pregunta por el deseo del Otro, pues desubica la posición del niño como falo materno y lo eleva a la condición de significante. El falo, como significante privilegiado, representa los efectos del significante sobre el significado, y al mismo tiempo es el significante del deseo del Otro —en tanto pregunta—, que, si hemos comprendido bien, la sostendremos

[1] El español carece de una distinción precisa para los términos *parole* y *mot*, pues ambos suelen traducirse simplemente como "palabra". Lacan, retomado por Lew, explicita esta diferencia: *mot* remite a la unidad lingüística, mientras que *parole* se entiende como acto, como función. No se trata únicamente de la verbalización, sino de *parole* en tanto función productora. En español, el término que más se aproxima a *parole* es "habla".

en su estatuto de pregunta, o la responderemos únicamente por medio de la hipótesis. Pues, de lo contrario, la pregunta —puerta de entrada y salida de la representancia pulsional— se cerraría, se obturaría.

Esta es una de las formas de hablar de la represión primaria: la sustracción de un significante que deje incompleta a la cadena y que, al mismo tiempo, la ponga en movimiento.

En este sentido, la hipótesis que responde a la pregunta por el deseo del Otro —el cual no hay que malentender, ya que al referirnos al Otro nos referimos a esa otra escena, al inconsciente, y a la extimidad de la que está compuesto; es decir, a la construcción del sujeto en su expresión local, estructurado en parte por el lenguaje, el Otro y la cultura—, esa hipótesis, decíamos, hace suplencia. Es decir, remedia, al menos de forma ficcional, aquello que escapa a la función, a la representancia, a la palabra, a la pulsión, a la significancia, a la pregunta ¿Qué quiere el Otro de mí?

En este sentido, la hipótesis es coherente con la lógica del inconsciente, puesto que no la clausura, sino que la renueva. Así lo dirá Bastidas (2024) en su texto: *De cuando la fuerza de una hipótesis deviene en facticidad*:

> La fuerza de su producción, que no es sino la fuerza de una división, no puede estar sostenida en cualquier materialidad, sino por una consecuente con la lógica que implica la hipótesis de esta práctica; es decir, por una materialidad que ante esa división ni la cierre, ni la tapone, sino que la sostenga (p. 3).

¿Cómo no ser coherentes con la producción que hemos construido hasta el momento? Con el hecho de que la realidad y la verdad son producciones ficcionales. Otra cosa muy distinta es considerar a la realidad como la verdad; en otras palabras, es diferente interpretar las construcciones ficcionales como la mera realidad, como lo fáctico, como lo categórico, lo cual es fuente de prejuicios, en tanto que estos son enunciados afirmativos, que al negar la relación al agujero/ falta, también anulan la relación al sujeto, así lo dice Elsa Andrade (1975) en su texto *El prejuicio en la Clínica*.

La hipótesis tiene que incluir al sujeto, en tanto que este permita la posibilidad de refrescarla. O, dicho de otra manera, la facticidad ocurre cuando deja de operar la función hipotética, es decir, cuando se obtura la representancia. Sin embargo, vale preguntarnos: ¿cómo es que la hipótesis se renueva[2]?

> Depende de lo que anima a la función del vacío, en el modo en que la hipótesis se alimenta de aquello que ella misma produce, de un valor que antes no estaba en ella y que, en su reenvío, la renueva. Se nutre no solo del objeto que produce, sino de la falta tomada como objeto, es decir, de una división inexistente en su procedencia, de una división que se produce. (Bastidas, 2024, p. 4)

Dicho de otro modo, en la transformación que se produce al pasar del sujeto al *objeto a*, y viceversa, existe un desfase que bien podría entenderse como la operación propia de la lógica significante. Este desfase relanzaría el recorrido, gracias —en parte— a la fuerza constante de la pulsión.

[2] El lector puede remitirse al texto "Proposición del 9 de octubre" de Jacques Lacan, si es su intención profundizar en torno a la Facticidad.

Profundicemos. El sujeto y el *objeto a*, ambos son expresiones de la representancia, la cual es, a su vez, el recurso de la pulsión para extender el recorrido de la cadena significante. La diferencia entre ellos radica en la forma en que dicha representancia se manifiesta: el sujeto es corte, relanzamiento del sentido, resignificación, renovación; mientras que el objeto a es el vacío en tanto construcción y recorrido constante.

Entre ambos no existe una relación directa. Al menos no en el matema del fantasma ($<>a), donde dicha relación está mediada por el losange o rombo, que obedece a una lógica particular. Lew (1996) la describe de la siguiente manera:

> El rombo tiene una situación compleja. Tiene todo lo que hemos dicho de la relación del sujeto al objeto. Es equivalente a la banda de Moebius, es una relación moebiana. No podemos decir que el sujeto es el objeto a, y no podemos decir que el sujeto no es el objeto a. Es una lógica del ni-ni. (p. 22)

El rombo, entonces, opera desde esta lógica del ni-ni: no podemos decir que la realidad no es una ficción, pero tampoco que esa ficción no sea la realidad del ser hablante. La cuestión está en que esta lógica solo entra en juego en la medida en que la representancia se pone en funcionamiento. Y ello ocurre únicamente cuando el analizante se sitúa en cumplimiento de la regla fundamental. Permítasenos recordar, junto con Lew (2022), en qué consiste esta: “La regla fundamental consiste en pedir al analizante que hable. No es pedirle que diga la verdad, ni que 'cuente su vida', ni que 'diga lo que piensa', etc” (p. 7).

No se trata, pues, de alcanzar algo en específico, sino de sostener el movimiento, la continuidad, el recorrido. Se trata de no clausurar la pregunta, porque es en el transcurrir donde emergen las expresiones de la representancia. Es este proceso, esta serie de transformaciones, lo que permite al analizante conocer la textura de la realidad. Aquello, que es inaccesible del inconsciente, entendido a este como la serie de relaciones y transformaciones que ocurren gracias a la operación del vacío, transparece, gracias a la pulsión y su relación con la palabra; las relaciones del inconsciente son las que permiten hipotetizarlo.

En todo caso, la lógica del rombo —que es la lógica del *ni-ni*, del *y/o*, del *más o menos*, del *adentro o afuera*, de la identificación y la no identificación—, cuando opera en conexión con la representancia, no niega ni valida la condición ficcional de la realidad. Más bien, la comprende como el recorrido moebiano de la pulsión.

Decir que la realidad es un recorrido pulsional es una forma de hablar del velo del fantasma: ese velo que recubre el agujero de lo real y que, al hacerlo, da soporte al deseo. Entonces, podríamos decir —en nuestras palabras— que una de las funciones del fantasma es, en base al recorrido de la pulsión (que no es sino una forma de ser representados y representarnos), construir una ficción. Y esta ficción hace las veces de velo: un velo ficcional, mismo que está armado de montajes pulsionales. Dichos montajes pueden ser interpretados como momentos de consecución de la satisfacción o de realización parcial del deseo.

Sin embargo, en la medida en que hablamos de satisfacción, es necesario introducir, aunque sea brevemente, el concepto de *goce*, en tanto que contribuye al enriquecimiento de la comprensión del trabajo presentado. El *goce* será aquello que dé

cuenta de que la consecución de la satisfacción o la realización del deseo solo pueden ser parciales, incompletas, inconclusas. Así lo plantea Muñoz (2020):

"El goce portará entonces la marca de la falta de plenitud, no le da sustancia al Ser sino que lo languidece, pero si faltase haría vana, vacía la existencia. En ese sentido, no es satisfacción sino insatisfacción —pero no en el sentido de me quedo con ganas de más—; el goce es el lugar que inscribe la insatisfacción propia de cualquier experiencia de satisfacción en relación con la pérdida del goce pleno y total para el sujeto del significante" (p. 276).

Será entonces esa inscripción de la insatisfacción inherente a cualquier experiencia de satisfacción la que dé cuenta de la imposibilidad de una realización plena del deseo. Sin embargo, si el *goce* faltase, la existencia se tornaría vacía, pues es esa misma insatisfacción la que permite el relanzamiento en la cadena significante, una y otra vez, y otra vez, y otra vez… dando cuenta de la cualidad constante de la pulsión.

Es esta operación —de montaje y desmontaje, construcción y deconstrucción, explicitación e implicitación— la que permite la constante producción de la *representancia*, que, en tanto opera a través de la palabra, se tratará siempre de algo nuevo. Esta es una de las formas de hablar de la repetición característica del *goce*. Nuevamente, Muñoz (2022) nos orienta al señalar:

"Lo esencial al goce es su carácter de repetición incesante. Repetición de una súplica, imperativo de repetición con el cual labora la instancia negativa del goce que insta al sujeto a la búsqueda infinita de satisfacción" (p. 36).

Habrá, entonces, una diferencia fundamental entre el *goce* y el *deseo*: si bien ambos son modos de posicionarse frente a la falta, el *goce* buscará sellarla, taponarla, suturarla —volviendo imposible su cometido—, mientras que el *deseo* procurará incluirla y hacer de ella su fuente de producción. No obstante, es importante notar que no se puede estar únicamente de uno de los dos lados: será imposible no gozar, dada la incesante búsqueda de satisfacción sin la cual la vida sería vacía.

Ahora bien, buscando una aproximación a los términos desde los cuales se teorizó este trabajo, la *repetición* puede entenderse como la búsqueda del logro de la satisfacción. Sin embargo, será distinta una repetición que excluya la *representancia* de aquella que la incluya, en tanto que esta última, pone en juego la *representancia* a través de la representación, es decir, pone por encima de la satisfacción, la continuidad de la inscripción de las representaciones, que constituyen un saber hacer con esa fuerza constante de la pulsión.

3. MARCO METODOLÓGICO

El paradigma dentro del cual se enmarca la producción del presente texto es el teórico-cualitativo, con enfoque hermeneútico, en tanto que este se centra en la significación e interpretación conceptual de textos y escritos dentro de un contexto en particular, permitiendo esclarecer la construcción de las relaciones lógicas entre los conceptos de una determinada disciplina, siendo en este caso, el psicoanálisis de orientación lacaniana.

El propósito de usar este paradigma consistió en poner a prueba determinadas hipótesis con la intención de profundizar y enriquecer el pensamiento y las

construcciones teóricas que giran en torno a conceptos como el deseo, la pulsión, el vacío entre otros.

Desde esta lógica, la metodología empleada se apoya en tres operaciones centrales:

1. **Exégesis conceptual:** Se realizó una lectura rigurosa de los textos psicoanalíticos principalmente de Freud, Lacan y Lew, para la comprensión de los conceptos en juego —como pulsión, fantasma, deseo, representancia y ficción— poniéndolos a la luz de la producción teórica y práctica clínica.

2. **Construcción lógica**: Se pretendió construir una arquitectura teórica producida del entrecruzamiento y las relaciones de los conceptos. Haciendo valer la equivalencia conceptual, sin que por ello los distintos tipos de relaciones pierdan su campo particular de operación.

3. **Elaboración hipotética:** La producción hipotética fue un recurso necesario, en tanto que responde coherentemente con la particularidad de la producción teórica psicoanalítica, misma que pretende formalizar[3] al vacío.

Esta elección metodológica responde a la especificidad del campo del psicoanálisis, donde la investigación no puede escindirse de la estructura del lenguaje y la lógica significante, misma que incluye al sujeto en su construcción.

4. RESULTADOS

Parte de los resultados obtenidos a lo largo del recorrido y la construcción del cuerpo teórico fueron una comprensión más profunda en torno a conceptos que resultan fundamentales en el estudio y la práctica psicoanalítica. Principalmente, se constituyó

[3] Haciendo alusión al “dar forma”, ya que este es uno de los efectos que la palabra tiene sobre el vacío.

una vía particular para la compresión del fantasma, entendiéndolo como un soporte para la aparición del deseo inconsciente.

La teorización tuvo una gran influencia de René Lew, puesto que el sujeto y el *objeto a* fueron comprendidos y esclarecidos como distintas expresiones de la representancia. Esto permitió entender al fantasma como la operación global de estas dos expresiones, en tanto arquitectas de una realidad, la cual, constituida por montajes pulsionales, explicita formas de satisfacción previamente instituidas. Al ser explicitadas desde la construcción fantasmática, dichas formas dan lugar a la producción del deseo.

5. DISCUSIÓN

Entendiendo que la producción teórica del psicoanálisis carecería de sentido si llegara a desvincularse de la práctica clínica, anudemos los resultados al ejercicio analítico. La representancia, y su desembocadura en la operación del fantasma, constituye una constante invitación a la producción de la palabra dentro del espacio analítico. Se trata de armar y desarmar, construir y deconstruir las formas de habitar y posicionarse en el mundo, gracias a que, en el discurso que el analizante transmite al analista, se explicitan y esclarecen sus modos de concebir la realidad.

Frente a los oídos afinados de quien se posiciona como analista —y considerando que la función de analista también se transmite—, este relato permite que la verdad del sujeto sea expuesta, sea escuchada, lo cual posibilita una intervención que resignifique su realidad. Ese es el punto central del análisis: volver a la relación con el agujero, con la falta, con la falla, con la división, con el vacío; una relación que debe sostenerse abierta y que permita al ser hablante reposicionarse constantemente en su vida.

De este modo, el deseo puede devenir una producción constante, tal como lo es la fuerza o el empuje desde donde se constituye; la práctica psicoanalítica busca dejar la puerta abierta a la pulsión.

6. CONCLUSIONES

Las presentes conclusiones buscan responder al planteamiento principal del texto y, coherentemente con su lógica, se hacen en forma de hipótesis/pregunta:

- ¿Será que, gracias a que la representancia, a través de la palabra, modela el vacío, este puede asumir la forma de una división, falta, castración?
- ¿Será que cada modelado del vacío, al mantener su propia particularidad, produce efectos distintos?
- ¿Será que el deseo es un efecto de esa fuerza pulsional, posibilitada por la represión primaria, misma que causa la división?

Otra de las formas de hablar de los montajes pulsionales es a través de la demanda. La demanda puede ser entendida como la escenificación de una ficción, en tanto respuesta a la pregunta por el deseo del Otro: *¿Qué quiere el Otro de mí?*

En este sentido, la demanda siendo el intento de obturar la falta, de petrificar el sentido, de dar una respuesta allí donde el sujeto se constituye como pregunta, requiere del deseo para posibilitar la construcción de una nueva ficción, más acorde con el tiempo lógico del ser hablante. Entonces vale preguntarnos

- ¿Será que el deseo se pone en operación, gracias a la ficción de la demanda y a la palabra que viene a construir una nueva?

- ¿Será que uno de los efectos del deseo es reorganizar la realidad en tanto esta es una construcción ficcional? ¿o, dicho de otra manera, el deseo permite la construcción de nuevos montajes pulsionales?

7. REFERENCIA Y BIBLIOGRAFÍA

Andrade, E. (1998). El prejuicio en la Clínica . *La Letra de un lugar - Otro*(5), 17-20.

Bastidas, F. (Octubre de 2024). (De) cuando la fuerza de una hipótesis deviene en facticidad (?). *Coloquio: Verités et Facticités en Dimensions de la Psychanalyse.* París.

Bonoris, B. (2015). Nueve notas sobre el concepto de Pulsión en la obra de J. Lacan. *Affectio Societatis, 12*(22), 71-80. https://doi.org/https://doi.org/10.17533/udea.affs.21743

Braunstein, N. (2001). El falo como S.O.S : significante, órgano, semblante. En *Por el camino de Freud.* Siglo Veintiuno.

Braunstein, N. (2001). *Ficcionario de Psicoanálisis .* Siglo XXI editores .

Eidelsztein, A. (2022). *El grafo del deseo.* Letra Viva .

Frege, G. (1892/1984). Sobre sentido y referencia. En *Estudios sobre Semántica* (págs. 51-86). Ediciones Orbis, S.A.

Freud, S. (1901-05 / 1992). Tres Ensayos sobre Teoría Sexual. En S. Freud, *Obras Completas: Tomo VII* (págs. 109 - 220). Amorrortu.

Freud, S. (1915). La represión . En S. Freud, *Obras Completas: Tomo XIV* (págs. 135-151). Amorrortu.

Gómez, M. (2019). El signo. Un asunto Lacaniano . *Lapso - Revista Anual de la Maestría en Teoría Psicoanalíticia Lacaniana* (4), 9-24.

Hochman, P. (2017). *El fantasma: estructura de una ficción.* Facultad de Ciencias Psicológicas - Universidad Lennedy.

Houdmon, N. (5 de Marzo de 2025). *Psicoanálisis Lacaniano*. https://psicoanalisislacaniano.com/

Lacan, J. (1958). *Libro 6 - El deseo y su interpretación.* Paidós.

Lacan, J. (1964). *Libro 11 - Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis .* Paidós .

Lacan, J. (1966). *Escritos 1.* Siglo XXI.

Lacan, J. (1966). *Escritos 2.* Siglo XXI.

Lacan, J. (1966-67). *Libro 14 - La lógica del fantasma.* Paidós.

Lacan, J. (1967). Del psicoanálisis en sus relaciones con la realidad. *Scilicet* (págs. 51–60). Traducción de Mª José Muñoz y Juan Bauzá.

Lacan, J. (1968-1969). *Libro 16: De un Otro al otro .* Paidós .

Lacan, J. (1975-1976). *Libro 23: El Sinthome.* Versión Crítica - Traducción y Notas: Ricardo E. Rodríguez Ponte .

Lew, R. (1996). *Seminario de la Lógica del Fantasma .* Escuela Freudiana del Ecuador .

Lew, R. (2003). El(lo)falsídico. Para una retórica de las transformaciones. . *Coloquio: Sobre la formalización en psicoanálisis.* Escuela Freudiana del Ecuador, Texto de trabajo, Traducción de Elsa Andrade cotejada con la realizada por Pedro Oyervide.

Lew, R. (2022). La pulsión y las pulsiones. *Primera Conferencia Seminario Franco-Argentino – 5 de marzo.* Parler à ECLAP .

Muñoz, P. (2011). La lógica de la alienación-separación en el pasaje al acto . *Anuario de Investigaciones - Facultad de Psicología - UBA, XVIII*, 101-111.

Muñoz, P. (2012). Las coordenadas del pasaje al acto en el Seminario XIV - La lógica del fantasma. *Anuario de Investigaciones - Universidad de Buenos Aires, XIX*, 117-121.